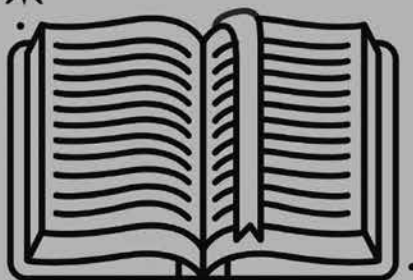


# **Cuentos perdidos en la ciudad:**

ANTOLOGIA DE CUENTO URBANO



MELL HUNGRÍA

LUISA CASTELLANO

JOSUE MORALES

# Índice

Prólogo

Estudio introductorio

José De La Cuadra: La canción de las casas antiguas del puerto

Carlos E. Puma: El limpieza

Jorge de Acuña: La indiecita vivandera

Humberto Salvador: La navaja

114

José Paredes Litardo: Civilizada

Joaquín Gallegos Lara: En las tierras calientes

Raúl Andrade: Un cuento que quiso ser tragedia

Alejandro R. Mera: Don Quijote en Tulcán

Mary Corylé: Pobre chapita

Elisa Ortiz Aulestia: La patineta

# Prólogo

En los rincones más intrépidos y visionarios del arte literario ecuatoriano, palpita una fuerza innovadora que desafía los límites de la tradición y se proyecta hacia nuevos horizontes creativos. En esta tierra de encantos y contrastes, la vanguardia literaria ha encontrado su voz, y es precisamente esa voz la que celebramos en la presente antología: «Cuentos perdidos en la ciudad. Antología de cuento urbano». Los cuentos que se despliegan ante nosotros en estas páginas son como fogonazos de genialidad y audacia, una amalgama de imaginación y experimentación que nos sumerge en un universo desconocido pero fascinante. Aquí, la realidad se fragmenta y se reconstruye con letras inquietas, los personajes adquieren nuevas dimensiones, así como sus conflictos y anhelos, su pasado y su presente, sus alegrías y dolores. Desde la voz de los narradores que, con maestría y sensibilidad, han plasmado sus historias en tinta, las letras se convierten en testigos de una nación en constante evolución. Los paisajes se vuelven misteriosos espejos de la mente humana.

El esfuerzo por trascender lo establecido y romper esquemas ha sido el hilo conductor de los escritores ecuatorianos que abrazaron la vanguardia en sus creaciones. Como arquitectos de lo imposible, han construido relatos que desafían el tiempo y se convierten en un eterno presente literario, en un diálogo perpetuo entre las letras y la historia.

En esta selección de cuentos, se revela un mosaico de estilos y técnicas vanguardistas que se entrelazan y redefinen la narrativa clásica. Los recursos formales se convierten en el vehículo para expresar el caleidoscopio de emociones y reflexiones propias del ser humano, creando un universo literario diverso y sorprendente. Desde el realismo social hasta narraciones de corte psicológico

que utilizan el monólogo interior y revelan los entresijos del pensamiento. Cada historia en esta antología es un retrato único de la imaginación desbordante y las inquietudes de una generación que se atrevió a romper las barreras literarias.

Al hojear estas páginas, el lector encontrará narraciones que abordan temas existenciales, sociales y políticos; se muestran perspectivas que reflejan la riqueza y complejidad de la sociedad ecuatoriana. Es a través de estos cuentos, llenos de arrojo y rebeldía, que la vanguardia literaria del Ecuador nos invita a repensar nuestra realidad y a cuestionar aquello que damos por sentado. Cabe resaltar la gran importancia que posee la revisión y preservación del archivo y patrimonio documental. Todos los textos que conforman esta antología fueron extraídos del archivo del diario *El Telégrafo*, del suplemento cultural *Semana Gráfica*.

No cabe duda de que la vanguardia literaria ecuatoriana es una corriente que fluye con la misma energía imparable de los ríos que serpentean por los paisajes de esta tierra. Los escritores que abrazaron este movimiento han dejado una huella indeleble en la literatura del país y esta antología es un tributo a su valentía y creatividad.

«Cuentos perdidos en la ciudad. Antología de cuento urbano» es un viaje hacia lo desconocido, un puente hacia el futuro literario del Ecuador. Invitamos al lector a adentrarse en esta experiencia única, donde lo inusual y lo asombroso se dan la mano para abrir nuestra mente y expandir nuestra percepción de la literatura. Que estas páginas sean un portal a la imaginación desbordante y a la exploración de nuevas fronteras literarias. Que cada cuento sea una ventana a la trascendencia del arte y la capacidad del lenguaje para revelar lo inefable.

# Estudio introductorio

## Breves anotaciones sobre el cuento

Al cuentista le irrita la novela. Siente aversión por la descripción pormenorizada de los personajes (...) aborrece la novela por su extensión mastodóntica.<sup>1</sup>

Existe una polémica alrededor del significado y características del cuento; a saber, su significado, extensión y teorización. Sobre este género, el escritor Raúl Vallejo afirma que: «unos creen que se trata (...) de historias para niños y otros, con ciertos conocimientos literarios, que se trata de un género menor y que todo cuentistas es una especie de “novelista perezoso».<sup>2</sup> El «lugar común» en el que se ha ubicado al cuento es destruido por propuestas de relatos potentes, rigurosos, de complejidad estructural y argumental, con precisión y fuerza que interpelan y, haciendo alusión a Cortázar, noquean al lector.

Explica Anderson Imbert que desde el Renacimiento la palabra «cuento» se empieza a emplear como una acepción propiamente literaria; nuevamente, como ocurre en la mayoría de las disciplinas, el periodo renacentista supone un punto de inflexión. Anderson Imbert argumenta que: «La palabra “cuento” empieza a ganar aceptación durante el Renacimiento, junto a la “novela” y otros términos».<sup>3</sup> Establece el pensador que una diferenciación principal, aunque mecánica, entre el cuento, la *nouvelle* y la novela es su extensión; así, el autor afirma lo siguiente: «Novela, con un mínimo de 50.000 palabras. Novela corta, de 30.000 a 50.000 palabras. Cuento, de 2.000 a 30.000 palabras. Cuento corto, de 100 a 2.000»<sup>4</sup>.

1 Solange Rodríguez Pappe, *Balas perdidas* (Guayaquil: Artemisa, 2022), 11.

2 Raúl Vallejo, «Estudio introductorio», en *Cuento ecuatoriano de finales del siglo XX. Antología crítica* (Quito: Libresa, 1999), 21–22.

3 Enrique Anderson Imbert, *Teoría y técnica del cuento* (Buenos Aires: Marymar, 1979), 18.

4 Anderson Imbert, *Teoría y técnica...*, 44.

No obstante, las divergencias, existen ciertos criterios sobre las características del cuento: un suceso específico, personajes reducidos, una historia que gira en torno a un solo personaje, lenguaje preciso, la acción que surge como un destello, trama cerrada, etc.

Así, desde su extensión y características, ha surgido un sinnúmero de definiciones; quizá, la más conocida y citada es el concepto propuesto por Poe, que explica:

El cuento se caracteriza por la unidad de impresión que produce en el lector; puede ser leído en una sola sentada; cada palabra contribuye al efecto que el narrador previamente se ha propuesto; este efecto debe prepararse ya desde la primera frase y graduarse hasta el final; cuando llega a su punto culminante, el cuento debe terminar: sólo deben aparecer personajes que sean esenciales para provocar el efecto deseado.<sup>5</sup>

118

No cabe duda de que quienes se pueden acercar lo suficientemente a la esencia del cuento son los propios escritores. En ese sentido, han surgido decálogos, antidecálogos, consejos, compilaciones, seminarios, ponencias, etc., que han sido propuestos por los propios cuentistas, desde Poe, pasando por Chejov, Hemingway, Monterroso, Borges, Bioy Casares, Cortázar, las famosas tesis de Piglia: cada escritor tiene una propuesta. Ante el canon teórico y práctico surgido en el arte de la cuentística, Julio Ramón Ribeyro señala como imprescindible la transgresión regular. Es a través de la ruptura que surgen nuevas formas y prácticas y se da paso a la innovación.

---

<sup>5</sup> Edgar Allan Poe citado por Anderson Imbert, *Teoría y técnica...*, 51.

## Sobre el cuento ecuatoriano

En un plano historiográfico, el origen del cuento ecuatoriano se puede rastrear en la génesis de la literatura propiamente producida en el país. Entonces, y como señala Ansaldo<sup>6</sup>, el cuento surge en la cuna de la literatura costumbrista/romántica del siglo XIX; la figura pionera de Juan León Mera aporta a la concepción del cuento de ficción mezclado con la realidad de la época en sus artículos de costumbres. En la misma época, finales del siglo XIX, señala Zapater<sup>7</sup>, resaltan otras figuras como José Modesto Espinosa, José Antonio Campos, Juan Montalvo, Remigio Crespo Toral, etc. Hay que aclarar que todos los autores se adhieren a la corriente costumbrista, aunque su temática, ideológicamente, sea abordada desde el liberalismo o conservadurismo.

A partir del surgimiento de las propuestas literarias vanguardistas, en nuestro país, el género del cuento da un giro en su forma y temáticas, y se erige como la propuesta literaria con más fuerza desde finales de la década del veinte y a lo largo de toda la década del treinta. Uno de los hitos claves es la publicación del libro *Los que se van* en el año de 1930, de Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Enrique Gil Gilbert, que junto a José de la Cuadra y Alfredo Pareja Diazcanseco conformarían el Grupo de Guayaquil, los escritores insignias del realismo social ecuatoriano. Otro hito que ocurre unos años antes es la publicación de los libros *Un hombre muerto a puntapiés*, de Pablo Palacio, en 1927, y *Ajedrez*, de Humberto Salvador, en 1929, en los que se propone una estética experimental de denuncia social, que se enfoca en las realidades concretas de sus personajes y el aspecto psicológico.

119

<sup>6</sup> Cecilia Ansaldo, *Antología del cuento ecuatoriano. Selección y prólogo por Cecilia Ansaldo Briones* (Quito: Santillana, 2011).

<sup>7</sup> Irving Zapater, «Prólogo», en *Del siglo XIX al XX: 10 relatos ecuatorianos* (Quito: Editogran S. A., 2015).

## Contexto social y en torno a la vanguardia ecuatoriana

Se pueden determinar dos hitos importantes que marcarían el curso del país a partir de la década de 1920: la depresión y recesión económica producida en los tiempos de posguerra y la matanza de obreros en noviembre de 1922. Al respecto, Ayala Mora<sup>8</sup> asegura que la crisis de producción y exportación cacaotera fue el resultado de la depresión de posguerra que afectó a los países capitalistas centrales, que eran los principales consumidores de los productos de exportación del país. Los peores efectos se sintieron en el periodo 1918-1923; además, la crisis recrudeció la realidad de los obreros y trabajadores, provocando movilizaciones que exigían mejores condiciones laborales.

120

Las protestas sociales no eran protagonizadas solo por obreros y trabajadores, sino por amplias capas de la población que se vio más afectada por la crisis. Se expresó el culmen en la ciudad de Guayaquil, donde se convocó a más de veinte mil personas en la movilización. Ayala Mora<sup>9</sup> y Aguirre<sup>10</sup> sostienen que el 15 de noviembre de 1922 en Guayaquil fueron masacrados los manifestantes, cuyo número exacto no se sabe, producto de los disparos de policías, militares y civiles. A raíz de la matanza, la crisis y los constantes abusos sobre los trabajadores y la clase popular, en 1926 se fundó el Partido Socialista Ecuatoriano y, a partir de este suceso, surgieron movimientos políticos y conciencia de clase, comprometidos con la lucha por los sectores desplazados por la burguesía aristócrata.

Por otro lado, en el campo de producción artística, al Ecuador empiezan a llegar las formas y propuestas vanguardistas

---

8 Enrique Ayala Mora, *Resumen de la Historia del Ecuador* (Quito: Corporación Editora Nacional, 2012).

9 Enrique Ayala Mora, *Historia, tiempo y conocimiento del pasado* (Quito: Corporación Editora Nacional, 2014).

10 Manuel Agustín Aguirre, *La realidad de Ecuador y América Latina en el siglo XX* (Quito: UASB, Sede Ecuador, 2018).



europeas que expresan una ruptura de la concepción modernista del arte. Sobre el vanguardismo literario en el Ecuador, Alicia Ortega<sup>11</sup> afirma que se debe dejar de lado los malentendidos o reduccionismos al momento de identificar la vanguardia solo con la figura de Pablo Palacio; más bien, todos los ismos que surgieron en la época suponen una innovación, en fondo y forma, en la literatura en el contexto ecuatoriano. Al respecto, Raúl Serrano Sánchez asegura:

Por tanto, insistir que la vanguardia sólo es Palacio y que él es un explorador, un combatiente en solitario, no sólo que es verdad, pero como toda verdad es una verdad a medias: junto a él estuvieron esos otros (los realistas y tan gratuitamente calificados como “papanatas comprometidos”) que por igual fueron contaminados y contaminaron con su escritura la atmósfera vanguardista de su tiempo.<sup>12</sup>

121

Es así como se debe a entender el desarrollo de la vanguardia en el Ecuador: como una diversidad. Sin embargo, el antagonismo creado entre los diferentes ismos literarios supuso crear dos bandos: por un lado, quienes entendían que el ejercicio literario debía responder —la postura del Grupo de Guayaquil—, necesariamente, a un compromiso político; y, por otro lado, quienes entienden la literatura como una posibilidad de expresión que permite la ruptura de las formas tradicionales. Por esta razón, la narrativa vanguardista comprometida políticamente con la gran realidad social triunfa y se erige como el paradigma hegemónico de las letras ecuatorianas.

11 Alicia Ortega, «Jorge Icaza y Pablo Palacio y las vanguardias latinoamericanas», *Guaragao*, n.º 33 (2010): 5–16.

12 Raúl Serrano Sánchez, *En la ciudad se ha perdido un novelista: la narrativa de vanguardia de Humberto Salvador* (Quito: Ministerio de Cultura, 2009), 64.

## Sobre el cuento urbano y esta antología

La noción de cuento urbano evoca la presencia de la ciudad, tanto como personaje cuanto como lugar donde se desarrollan los hechos de una historia; no obstante, el cuento urbano no tiene que ubicarse completamente en el escenario citadino, sino que, como afirma Tamayo:

Una narración puede ubicarse legítimamente en la ciudad, pero estar refiriéndose a una forma de pensar, actuar y expresarse “rural” o ajena al universo comprendido por lo urbano (...) En consecuencia se podría afirmar que la narrativa urbana es aquella que trata sobre los temas y los comportamientos que ha generado el desarrollo de lo urbano y siempre a través de unos lenguajes peculiares.<sup>13</sup>

122

En ese sentido, los cuentos reunidos en esta antología comprenden una visión de lo urbano en su época. Todos han sido extraídos de la revista *Semana Gráfica*, publicación sabatina que circuló como suplemento del diario *El Telégrafo*, cuya publicación ocurrió entre 1932 y 1939.

La presente antología está conformada por diez textos: una crónica y nueve cuentos. El motivo de la elección de la primera, «La canción de las casas del antiguo puerto», de José de la Cuadra, se debe a que permite pensar la manera en la que la ciudad de Guayaquil se conforma arquitectónicamente como la urbe portuaria más importante del país.

Luego, los nueve relatos comprenden una reflexión sobre la génesis de la urbanidad en el país. Existe una contraposición constante entre las zonas rurales/marginales y la naciente urbe; por ejemplo, en los cuentos «El limpieza», de Carlos E. Puma;

---

<sup>13</sup> Guido Tamayo, *Cuentos urbanos* (Bogotá: Panamericana, 1999), 7-8.

«La indiecita vivandera», de Jorge de Acuña; «Civilizada», de José Paredes Litardo; y «En tierras calientes», de Joaquín Gallegos Lara, se evidencia la cuestión migratoria campo-ciudad ocurrida en las primeras décadas del siglo XX; la grandes ciudades ecuatorianas (Quito y Guayaquil) se presentan como la oportunidad de un mejor futuro para los personajes de los cuentos. La ciudad se presenta como un lugar donde se puede alcanzar el progreso, pero, al mismo tiempo, se configura un lugar violento para los migrantes indígenas y montuvios.

Por otro lado, en los cuentos «La navaja», de Humberto Salvador; y «Un cuento que quiso ser tragedia», de Raúl Andrade, se presenta una reflexión desde los pensamientos del personaje y una utilización del monólogo interior; se puede observar que la vida en la urbe empieza a configurar las reflexiones de los personajes. Existen el humor y el amor. La vida, en cierto sentido, bohemia de los personajes, es también objeto de tratamiento.

Por último, los cuentos «Don Quijote en Tulcán», de Alejandro R. Mera; «Pobre chapita», de Mary Corylé, y «La patineta», de Elisa Ortiz Aulestia suponen una reflexión en el campo político, religioso y económico de la realidad que viven los personajes. Temas como la metaliteratura, la defensa de los ideales del progreso, el surgimiento de las fábricas, el sindicalismo y militancia femenina y la tragedia son desarrollados en estos cuentos.

## Referencias bibliográficas

- Aguirre, M. *La realidad de Ecuador y América Latina en el siglo XX*. Quito: UASB, Sede Ecuador, 2018.
- Anderson Imbert, E. *Teoría y técnica del cuento*. Buenos Aires: Marymar, 1979.
- Ansaldo, C. *Antología del cuento ecuatoriano. Selección y prólogo por Cecilia Ansaldo Briones*. Quito: Santillana, 2011.
- Ayala Mora, E. *Historia, tiempo y conocimiento del pasado*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2014.
- Ayala Mora, E. *Resumen de la Historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2012.
- Ortega, A. «Jorge Icaza y Pablo Palacio y las vanguardias latinoamericanas». *Guaraguao*, n.º 33 (2010).
- Rodríguez Pappé, S. *Balas perdidas*. Guayaquil: Artemisa, 2022.
- Serrano Sánchez, R. *En la ciudad se ha perdido un novelista: la narrativa de vanguardia de Humberto Salvador*. Quito: Ministerio de Cultura, 2009.
- Tamayo, G. *Cuentos urbanos*. Bogotá: Panamericana, 1999.
- Vallejo, R. «Estudio introductorio». En *Cuento ecuatoriano de finales del siglo XX. Antología crítica*. Quito: Libresa, 1999.
- Zapater, I. «Prólogo». En *Del siglo XIX al XX: 10 relatos ecuatorianos*. Quito: Editogran S. A., 2015.

# La canción de las casas antiguas del puerto



José  
de la  
Cuadra

Hay un poema de las construcciones. Pero, las construcciones son, ellas mismas, poemas. Poemas facturados con materiales sólidos —piedra, madera, cemento— en vez de con espumas de sueños como otros. Así, los arquitectos resultan en el fondo tan poetas como alinean versos, con la diferencia de que son gentes de más serias costumbres y arreglado modo de vivir. Lo cual no se debe a que forjen obras maravillosas, cuyo arranque inspirante parece como que se encontrara en el laberinto de los delirios oníricos.

La elocución poética guarda correspondencia con el equilibrio arquitectónico, y muchas de las modestas reglas del obrar de alarifazgo son, si bien se las mira, cánones de armonía inanimada.

Definiendo la arquitectura religiosa, se ha dicho que ella es la plegaria.

Es verdad.

Pero, todavía anda más allá la verdad. Intentaré una definición.

En general: la arquitectura es la poética de los sólidos.

Hallo justo el concepto metido en la metáfora.

Mas, si esto no me extraña por lo menos me aparta del asunto.

Hay un poema de las construcciones, repito. El de las viejas casas guayaquileñas, no ha sido escrito aún. Palpita no más en cierto ambiente insigne que se está esfumando y que pronto terminará por recluirse en las crónicas tradicionales para regalo de las honradas polillas.

Yo he pretendido, más de una vez esbozar el canto de las antiguas casas del puerto. Lamentablemente, no soy poeta, y la canción se me escapa como un poco de tierra entre los dedos angustiados.

En el prólogo de «Repisas» amañó tientos líricos, bastantes desastrados por supuesto, sobre el tema evocador.

En mi novela *Los monos enloquecidos*, que lleva eternidades de imprimirse en España sin que la pobre aparezca por ninguna parte, un protagonista cuenta así, entre otras cosas, al describir el Guayaquil del pasado: «A las calles se asomaban las fachadas de las casas de umbrosos soportales, hospitales refugios contra el sol quemante, los aguaceros cerrados de Chongón y los cortantes vientos de Chanduy... Eran casas con toldas de lona blanca como velas de balandra... Eran más cordiales, más propicias, más hogareñas... Bajas, alcanzaba uno con la mano sus arquitrabes de escultura ingenua... Grandotas, cabía en ellas, integra, una de esas largas familiares patriarcales que entonces había... Eran feas, quizás; pero tenían no sé qué de maternal... ¡Ah, y con sus techos de tejas coloradas eran frescas como una tinaja de piedra pómez!».

En propiedad, estas casas vestidas de trapo pertenecieron a la carpintería colonial y dejaron de hacerse en el siglo anterior, por ahí a raíz de la peste negra. Virtualmente han desaparecido. Quedan alguna que otra, vergonzantes refugiadas en callejones sórdidos por donde transcurre a media noche, la sombra en pena

de una época muerta. Estas casas viven más en el recuerdo de los ancianos, cuya memoria es un museo ambulante. Tienen, pues, una existencia imaginaria, o si se prefiere, histórica.

A esta generación de casas achaparradas sucedió otra, muchos de cuyos esbeltos ejemplares se mantienen en pie, viéndose como chatos y preteridos entre esos castilloides de cemento armado o de hormigón que son las moradas de hoy y que, para mí, desentonan en el escenario paisano.

Aclaro: no peco de amor por lo ido, por ilustre que fuere... Que no rimen con el panorama los edificios modernos, no significa que desconvenga... Acomodo tan solo un punto de vista estético.

En mi opinión, para que la vivienda sea bella en el conjunto natural, no ha de ser más alta que el árbol más alto, y nuestro árbol más alto es la palmera...

La casa es como la mujer del árbol vecino y, en la mensura shakesperiana, ha de quedar un poco cabe su protección, bajo su copa. La fronda sobre el techo es un amparo más: un doble cobertizo contra el cielo inclemente.

En nuestro paisaje de mansa llanura y río amplio, acuerda más la casa ancha y de cortaalzada. Como que la casa demasiado erguida, estrecha y ágil, semejante a una torre, se hubiera hecho para los sitios de montaña, en donde levante dominio, y enseñoree, y se quiera poner en pleitos de encubrimiento con las cúspides.

Estas buenas casas nuestras de fin del siglo XIX y albor del siglo XX llevan también trazas de desaparecer en breve. Tan pocas restan en la plenitud de su construcción inicial que uno ha de referirse a ellas por unidades. Son unas cuantas mansiones burguesas en el malecón, mirando al agua.

Y aún no tienen su canción. No obstante, se la merecen.

Lo positivo es que, si en esta oportunidad no se las canta, se irán al ayer. Los poetas de mañana no reparan en su suave poesía intrínseca, sino que las considerarán lo propio que ahora odiamos el aparato de los tormentosos abolidos.

Vendréis, pues, en ruinas; os caeréis a pedazos podridos; os tornaréis de escombros, y dejaréis vacío el solar que fuera el vuestro, ¡oh, casas antañadas!; y todo eso se consumará en un desesperado silenciosos y sin las bonitas figuras literarias de que tanto placían las muchachas que os habitaron...

Mejor desde ya habrá que tratar de vosotras en conjugación de pretérito.

Sí; es más sincero, ¡oh, clásicas casas del puerto!, para quienes no ha habitado gracia de cantar...

Sin embargo, vosotras eráis hermosas como matronas bien conservadas... En vuestras fachadas de claros colores, con grandes chazas de persianas a barajas menudas, reflejaba el sol, jugando su juego de plata... En vuestros soportales, preservabais siempre una umbría madura para los enfebrecidos trajinantes... En vuestros zaguanes solemnes, por los que habría cabido entrar una procesión de Domingo de Ramos, había siempre un rincón para el beso escondido... En vuestros cuadrados patios de arena socavabais la pepa de oro, y con frecuencia, también, de lisia, el pecho de los cacahueros... En vuestras enormes cocinas —cocinas de idealidad eran, y por eso, parecidas a las de las viviendas medioevales—, mientras humeaban las visadas se armaban tertulias populares entre los servidores caseros y los peones que venían cada semana de la hacienda, trayendo los productos... En vuestras piezas de estar, se movían pausadamente las hamacas, tamañas como canoas cargueras, en las cuales decurría, de nacimiento a muerte, con un perezoso ritmo de balance, la existencia de los patrones, con horros intervalos de verticalidad laboriosa... En vuestros inmensos salones, alumbrados por gigantescas arañas que quemaban torrentes de gas, dábanse las fiestas: el piano de cola inundaba de ruidos la calle cuando tecleaban las alegres polcas y los inacabables avisos en la mayor... En vuestras galerías fronteras, cuyo modelo copiasteis de la cubierta de los barcos, soñaban las niñas, vuestras niñas, las niñas de la casa... Eran atractivas vuestras damas jóvenes,



con sus largos trajes, sus corpiños subidos, sus trenzas caedizas y sus ilusiones en la cabeza: asomadas en la ventana, contemplando el río, soñaban sus sueños dorados que al amontonarse los años se convertían —«¡como siempre!»— en una pedestre domesticidad; al compás de la hamaquita leían los libros que mandaba el primo que estudiaba en Europa y en el cual esperaban un presunto consorte, o tornaban un presunto consorte, o entonaban, generalmente muy mal, pasillos alaridos por Julio Flores; y muchas recitaban, con llanteos de oratoria romántica, composiciones truculentas, donde había un hombre que se mataba por una mujer a la cual no le venía en gana natural el enamorarse de él... Algunas de esas doncellas maltrataban el francés... Verlaine estaba de moda... Verlaine y pisaba su etapa sentimental... A aquellas muchachas se les ocurría delicioso cuando exaltaba a su amada, que, como ellas mismas solían usarlo, puesto o impuesto, tenía un nombre carlovingio...

¡Lástima esas vírgenes que ha rato dejaron de serlo aun cuando acá por haberse matrimoniado con el sepulcro!

Para alguna de ellas, frente a cualquiera de vosotras, ¡oh, casas antañonas! Sonaría una madrugada antigua la última serenata.

Es profundamente sensible que ese charrasqueo de bandurrias y guitarras haya sido también la postrera canción tuvisteis ¡oh, vieja casa del puerto!

## El limpieza



Carlos E. Puma

130

Un día, como casi todos los de su tierra, había dejado abandonada la chocita solariega y principiado el servicio de «limpieza municipal» en las calles embaldosadas de la ciudad de los Shirys.

Y ahí, en su ruda faena cotidiana, después de esparcir gota a gota, junto con el líquido de su regadera, todo el vigor de su broncínea contextura, en un sacudimiento de rebeldía, impulsada por un fuerte sentimiento de capricho, acaso llevado por el deseo de distinguirse de los suyos dejando su condición humilde, habíase dirigido al cuartel para compresivo y dócil, continuar su atávico oficio de «barrendero».

Ignorado, desconocido, sin «recomendación alguna» habíanle, sin embargo, aceptado dada su procedencia de «zambiza legítimo».

I en el cuartel, incansable y tenaz, continuó su labor humillante...

\*\*\*

Pasaron algunos meses, muchos meses...

El Batallón recibió la orden de cambiar de guarnición.

Debía dirigirse a Guayaquil. I partió... Nos fuimos.

Mozo, el limpieza «trabajador y constante», había recibido su uniforme militar.

Reconocida su inmensa laboriosidad y honradez, el jefe habíale elegido como su ordenanza.

Como tal se fué a la Costa, cuidando afanosa y honradamente. Los cambios de las Unidades concebidas por las «Juntas Militares» para la transformación histórica, obligaron el retorno del Batallón a la capital.

Antes, fué cambiado el jefe.

Como reconocimiento a sus servicios, al partir, habíale pedido el alta.

Al día siguiente, en la «Orden General» se «daba de alta» al soldado presentado voluntario, Francisco Mozo.

Como soldado retornó a la capital.

Pocos días después se efectuaron la transformación.

Mozo, el soldado, antes limpieza horado y trabajador, fue encuadrado en la comisión que debía resguardar a los Jefes que iban a imponer la dimisión.

Entusiasta, tal vez emocionado, formó para cumplir su primera comisión de soldado.

El semblante sonreído demostraba su satisfacción. Era soldado... Se sentía soldado.

Desaparecida su humilde condición de «barrendero», ya estaba por encima de los limpieza de su tierra.

Había triunfado.

Y una tarde...

La tarde de un domingo inmensamente triste, después de pasado el oleaje tempestuoso de la política inquietante... Allí, en la puerta pétrea de la casona carcomida por el tiempo, de esa casona que sabe de los benditos tintes escarlatas de esa pléyade de valientes sin igual, que desafiaron la furia de los pérfidos inquisidores para llegar a la América irredimida un ejemplo sin nombre... Allí, en la callecita angosta, frente a los muros derruidos de la antigua «cochera presidencial», allí llegó la viejecita achacosa, inquieta y vehemente...

Dos clases que yacían sentados en el «poyo», junto al centinela, parecían no advertir la presencia de la anciana indiecita.

En la calle de la Providencia una muchedumbre compacta flotaba esparciendo en el ambiente sus murmullos discordes.

Los «mercachifles» aturdían con sus gritos descompasados.

Era la tarde de un domingo

132

Uno que otro ebrio, al pasar, despetalaba sus olores acres, nauseabundos.

Frío, silencioso, imponente, apoyado en su fusil tomado en desorden, el centinela, casi siempre distraído, en ese instante parecía meditar en recuerdos conmovedores y tristes que de vez en cuando aletean en la humana conciencia con pulsaciones que hieren.

Uno de los clases habíase retirado.

El otro despreocupado, abandonado junto al muro la insignia de la fuerza nacional, embebese enviado sus miradas furtivas a las cholas domésticas que cruzaban por frente al cuartel para ver al infante de sus predilecciones.

Alguna vez deteníase para establecer sus coloquios amorosos con la esposa del amigo que iba «por sacar la ropita sucia».

La anciana indiecita, recelosa, acercase al clase para averiguar por su hijo idolatrado.

—Nus días, amitu.

El clase hízose el que no oía. No valía la pena atender a la indiecita destrozada por los años.

—Pur, dios amitu, hacé pis salir suldado Francescu Mozu.

—¿Qué quería?, preguntole el clase, insistiendo en no oírle.

—Amitu, pur favur, hacé pis salir suldado Francescu Mozu.

—¡Mensajero de servicio!, grita el clase dirigiéndose al cuerpo de guardia.

—¡Firme mi cabo!, contesta el aludido.

—Vaya a llamarle al soldado Francisco Mozo, ordena el clase.

El mensajero «dá media vuelta» y se encamina presurosos a cumplir la orden impartida.

—¿Que es para vos el Mozo?, le interroga el clase al volver junto a la viejecita.

—Hiju, amitu... Tiempus no hi visto; por eso vingo hura pis a virle... Ujalá quierrá pis dar rupita sucia.

—¿De dónde eres?

—De Zámbez, pis amitu.

—Cumplida la orden, mi cabo, dice el mensajero «cuadrándose» gallardamente.

—Ordene mi cabo, agrega presentándose el soldado llamado.

—¡Salga con gorra!, le ordena el clase.

—¿Quién me busca?

—Su mamá.

El soldado fija la mirada en derredor, observa, vé a la viejecita encogida, pálida, única en ese instante en la puerta del cuartel, y se regresa rápido fingiendo no encontrar a nadie.

—¡Mozo!, le grita el clase.

—¡Firme mi cabo!, contesta el soldado impávido.

—¿No le he dicho que le busca su mamá?

—No, mi cabo.

—Esta viejecita le busca.

¡Qué va a ser esta india mi mama!, contesta cruelmente, y corre desaforadamente al interior...

El momento no es para desesperarse.

Un sollozo desesperado. Melancólico, propio, muy propio de la raza, hendió al espacio con esas vibraciones insólitas. La desesperación de la madre desconocida, repudiada, conmovió a todos. La raza se estremecía. El alma de la raza, de esa raza de esclavos vencida de sí misma, se retorció carcomida por un sufrimiento pavoroso, impreso con el sello de una tristeza humilde...

Y, meditabunda, acaso, o más acaso, más pálida, con esa palidez propia de los semblantes marchitados por el dolor junto a la puerta pétrea de la casona que sube de dolores y de sangre, fija la mirada en los umbrales del cuartel, parecía una virgen reflejada en lienzos divinos...

\*\*\*

134

Tras largos instantes de intensa zozobra, llorando con ese tono callado del indio siempre sentimental, siempre triste, aunque también siempre fuerte, apoyada en su «bordoncito», con esa tristeza de madre que sabe de todos los dolores y de todos los amores, encogida, doblegada, trémula, sumisa, con la vista al suelo, acercándose al «poyo» donde había dejado su «pilchecito», y con la infinita ternura del Nazareno después de su negación abrigándonos con su «reboso» derruido, temblorosa, alejando al lado del «pedacito de su corazón», el cariño profundo de sus lágrimas...

Con paso vacilante se dirigió a la esquina del parque... Y se confundió en las sombras de la muchedumbre inquieta...

Carlos E. Puma  
Subteniente  
Tulcán, VI, de 1935

# La indiecita vivandera



Jorge de Acuña

Las mañanas de mi tierra, frías y clarísimas, predisponen el ánimo a la alegría. No son bulliciosas como las mañanas de puerto; más bien los son silenciarías. El ruido de Quito comienza tarde, porque la ciudad despierta tarde, también. Y esto tiene su disculpa: el frío. Cuando empieza el día es cuando más frío se siente, se diría que es hielo de muerte de la noche que expira cubierta por un sudario de luz... Y el lecho es tan agradable a estas horas que parece que los cobertores recién comenzaron a cumplir su misión de abrigo... ¿Cómo dejarlos, pues?...

Pero hay una mujercita que apenas clarea el alba está allí en la ciudad que se despereza, y vaga por las calles entonando —no el canto jubiloso, canto de vida de quien amanece el día pleno del optimismo y de amor—, sino una queja, una queja a voces, modelada con la misma cadencia en todas con la misma cadencia en todas las puertas, plañidera y trístisima, mitad español y mitad quichua, cuyo eco se va perdiendo a lo largo de la vía, tal si fuera el estertor de la raza vencida, exhalando así, a la manera de canto, en plena calle y al rayar el día...

Es la indiecita vivandera, la moradora de los contornos, que ha logrado guardar, cerca de la ciudad que se moderniza, inmaculada la estirpe de su raza... Mirándola he sentido todo el

fracaso de nuestros aborígenes: el estruendoso derrumbamiento del Palacio de los Incas ha repercutido en mis oídos... Y ella, quizá porque nada ha hecho con tanto amor, como mirar los paisajes y labrar la tierra; guarda en sí la expresión de vida de los campos y la de ensueños de los montones de la serranía...

Las severas líneas de su cara gruesa y tosca son reacias a la emoción; de cutis seco y bronceado, tostado por el sol de los campos, se dijera que la alegría no puede asomarse en ella; su expresión es siempre de indiferencia y humildad, esquivando pudorosa las miradas infiltradas de deseo del hombre que observa las macizas turgencias de su cuerpo y cubre, ruborizada, con un tosco manto, la rebeldía de sus senos erectos y duros; en sus ojos hay un inocente mirar de ignorancia, de temor...

Fija siempre la vista en el sueño como que temiera revelar alguna recóndita ansia de su condición de mujer ardiente, en plena vida...

Tiene el áspero atractivo del fruto natural, espontáneamente hermoso, que brotó de la tierra sin saber cómo y, creció, porque hay sol y porque el cielo llora lágrimas que fecundan...

136

Yo la he mirado en la calle y la he visto en la paz solariega de su casucha, a lo largo de los caminos polvorosos, donde las chozas tienen aspecto de viejecitas valetudinarias que se hubieran cansando de su largo caminar y esperar... ¿Qué?

En aquella vida de paz, de suprema paz, de feliz ignorancia, de dichosa credulidad, donde las ambiciones terminan allí donde la mirada alcanza, como es de Reina y Señora la Indiecita Vivandera que, en la ciudad arrastra suplicante la vendimia de su trabajo, y con la humeante canasta a cuestas va pregonando los granos que las va pregonando, los granos que ella misma, con sus manos que huelen a tierra y humo, sembrara, que ella misma cosechara y preparara:

«Habas tiernas calientes, lleve casará...».

¡Y su eco se va perdiendo a lo largo de la vía, tal si fuera el estertor de la raza vencida, exhalando, así, a manera de canto, en plena calle y al rayar el día...!

Jorge de Acuña



# La navaja



Humberto Salvador

137

Lluviosa tarde de sábado. Cinco golpes de bronce suenan en el campanario, como alaridos del Sol, que agoniza opaco.

Tengo una insoportable sensación de aburrimiento. Sin saber en qué ocuparme para no sentir fastidio, entro a una peluquería de la Plaza del Teatro.

Frío en todas las cosas: También mi espíritu tiembla de frío, como si fuera una humilde hoja abandonada en la nieve.

Me acomodo en un sillón. ¡Caramba! Esta charla es insoportable. Son voces roncadas y monótonas, que hablan de un sinnúmero de tonterías.

El operario me enjabona la cara. ¿Qué fué...? Una ilusión.

La charla sigue implacable. Hablan de nuestras miserias sociales. La situación se vuelve cada día más cruel para el proletario: Todo va a la bancarrota, porque el ansia de riqueza ha podrido a la Humanidad.

¡Ah, si callaran...!

Escucha en silencio mi operario. De pronto me mira profundamente, y con voz desgarradora. —Ha sido una época de calamidades —me dice.

—Cierto —le contesto a media voz. Continúa:

—Para todos, señor; especialmente para nosotros los pobres...

Y cambiando bruscamente el acento de su voz:

—Yo, es el primer día que vengo a trabajar. Me sorprende:

—¿El primero?

—Desde el seis de enero en que me pasó la desgracia.

Siento curiosidad y le interrogo con la mirada. Él me responde:

—Sí —dice— algo muy cruel. Quiere contarme «su desgracia».

Brilla en sus manos la navaja. Una ráfaga extraña cruza por su mirada, que adquiere un aspecto alucinante.

¿Qué es lo que tienen sus ojos?

Habla:

—El seis de enero estaba viendo una patrulla de disfrazados frente a la artillería... ¡Imbécil! El comisario, ¡figúrese Ud.!, le había dado orden para manejar auto, a un individuo que no se presentaba aún a examen... ¡Son unos canallas, todos...!

Se enfurece. La navaja tiembla en sus manos.

—Los disfrazados... Una «chola» provocativa y guapa... El momento menos pensado...

¡Dios mío!

Lanza un grito ahogado.

—¿Qué pasó?, —le interrogo inquieto.

—Sentí algo espantoso... Después, no me acuerdo de nada.

—¿Le atropelló el auto...?

—Sí, —contesta con voz trágica, ¡el auto de un rico! Las costillas destrozadas... La cara hecha jirones. Mire usted las señales... La cabeza... ¡Si pudiera hacerle pedazos a ese sinvergüenza! ¿No

le conoce usted? ¡Sí, usted es amigo de ese miserable!... ¿No es pariente suyo?, —grita siniestro haciendo resplandecer la navaja.

—¿Pariente de quién?, —le interrogo sin saber qué contestarle.

—¡Del que me atropelló! ¡Avíseme usted!

Tiene brillo siniestro su mirada. Un aletazo de locura vuelve sombría su expresión.

—No sé de quién se trata, le digo, mientras siento a la navaja temblar sobre mi cuello.

—De veras, ¿no le conoce? Pero si usted se parece a él. ¡Ah, es acaso el mismo!

Levanta la navaja, que incoherente, brilla amenazadora a la luz temblorosa de las lámparas: Un poco de terror.

—¿Yo?

Le miro severamente. Sufre una brusca transición. Su cerebro loco ha razonado con lógica humilde. Su voz tiene fragancias de ternura.

—Perdone usted, señor... No sé lo que digo... La cabeza: Pero, ¿dónde tengo la cabeza?... Parece que me han quitado la cabeza y han puesto allí un automóvil sin frenos... ¡Qué bruto!; ¿no es cierto que me perdona Ud.?

Hace esfuerzos por afeitarme correctamente, pero sus manos tiemblan convulsas, como si ellas sed angustiosa tuvieran de sangre; sus ojos se mueven vertiginosamente, como estiletes creados para violar el aristócrata pecho de la voluptuosidad. Su mano varonil es ahora una hembra histérica. De un momento a otro va a desgarrarme la cara.

¡Caramba! ¿Realidad? No; ilusión.

Pero es tarde de sábado, en la muy noble y romántica ciudad de San Francisco de Quito: Un tierno y oscuro atardecer, en el cual las calles son fúnebres espejos.

\*\*\*

Ha callado. Me mira profundamente. Parece inquieto por una duda extraña.

El reloj suena cansado. También él se fastidia. Cada golpe suyo es un quejido de tristeza y de frío.

(Los relojes modernos se adelantan con facilidad, porque también ellos comprenden las doctrinas de vanguardia: No se resignan a la vulgaridad de ser exactos. Tienen terror de que la incomprensión humana pueda llamarles burgueses).

Después de una pausa larga y cansada, se decide al fin. Habla con voz honda, saturando sus palabras con espirituales ritmos de piedad:

—Cuando recuperé el conocimiento, estaba en mi pobre cuarto, rodeado de mi mujer y mis hijos, que lloraban desesperadamente... Han sido dos meses de angustia...

¡Figúrese Ud.! Pagar al curandero... ¡Curandero!, porque los pobres no podemos gastar en médico... Yo, aunque fuera rico, no llamaría a los médicos, porque no saben sino matar al cristiano... ¿No? Sí, ¡matan antes de que llegue la hora! ¿Por qué me contradice usted?, —grita furioso.

—No he dicho nada, —le contesto lentamente.

—Pagar al curandero... Gastar en tonterías de botica... ¿De dónde iba a sacar tanto dinero?... He tenido que empeñar todo, vender cuanto tenía... ¡Hasta la cama!... Y sufrir dolores espantosos... ¡De día y de noche! ¡Qué noches las que he pasado, Dios mío! ¡Sólo en el Infierno se debe sufrir así!

Silencio de tragedia.

Luego, brotan sus palabras como si fueran jirones desgarrados de sus entrañas.

—¡...Y no podía siquiera quejarme, para dejarles dormir a mis hijitos... Hubiera sido muy cruel no darles de comer y todavía quitarles el sueño...!

Dos lágrimas brillan en sus pupilas. Quisiera templar sus nervios, obligar a permanecer firmes a sus manos y tranquilos a

sus ojos... Pero no puede: Fue atropellado por el auto de un burgués. Siento que se desespera.

Tiembla sobre mis labios la navaja...

— ¡Ah, grito porque se despedazó la boca! No, nada: Otra ilusión.

El otro continúa con voz ahogada, su monólogo vulgar:

— La única entrada que tengo es mi trabajo... ¡Tanto tiempo de gastos y sin ganar un centavo...! La mayor parte de los días nos pasábamos con una taza de chocolate... Y los chiquitines que tenían que ir a la escuela y estudiar de memoria las lecciones... A veces se ponían a llorar de hambre, pero mi mujer los sacaba del cuarto para que no me torturen... Los pobrecitos usaban antes zapatos, pero ahora andan descalzos y tienen despedazados los pies... Un día mi Laurita se desmayó y si no hubiera sido por una vecina que le dio pan y leche, se hubiera muerto de hambre... ¡Pobre muchacha: Tan pequeña y pasando ya tantas privaciones!... ¡Y saber que muchos estúpidos viven pudriéndose en dinero!... ¡Que no saben qué hacer con sus millones!... ¡Que gastan en vicios, en aguardiente y en rameras! ¡Canallas! Pero que no estén tranquilos, porque nosotros los que nos morimos de hambre, nosotros a quienes ellos han explotado, enriqueciéndose con nuestro trabajo y nuestras lágrimas... A esos usureros que nos han robado, les vamos a cortar el pescuezo, ¡así!

¡Caramba! Al verme en el espejo, siento la sensación de que he vuelto a la vida.

— ¿No es usted rico? — me pregunta.

— No, — me apresuro a contestarle.

Se acerca ahora al final de su tragedia, que ligeras variantes, es la tragedia cotidiana de la gente humilde, espíritus; y creadora:

— Nos iban a botar de la casa porque no habíamos pagado el arriendo... Mis hijos no habían comido dos días... No teníamos siquiera para comprar una vela y nos pasábamos las noches a oscuras... ¡Dios no tiene piedad para los suyos!

Un nuevo silencio se produce, como si él fuera una espina que desgarrara su corazón. Su voz apagada murmura:

—No hubo otro remedio. Sacando fuerzas de la flaqueza, a pesar de no sentirme curado, he tenido que venir a trabajar, para poder llevar un pedazo de pan a mis hijitos. Es usted la primera persona a quien afeito desde hace tres meses.

Ha terminado. Guarda la navaja. Está ahora muy amable. Me peina, arregla y limpia.

(Tengo de nuevo la sensación de volver a la vida, después de haber huido de ella).

—Está usted servido, señor, —me dice ofreciéndome el sombrero.

—Gracias. ¿La cuenta?

—Sí.

—Aquí tiene usted. Gracias. La propina.

(¡Un rasgo de imperdonable vanidad, el hacer constar en mi cuento, que hubo día en el que también yo di diez centavos de propina al peluquero!)

Salgo. Siento que el corazón se oprime en mi pecho.

Pero, ¡qué importa! Estas tragedias íntimas son tan insignificantes, que la alta sociedad, compuesta por gente intelectual y refinada, las mira con desprecio. Sólo los que somos imbéciles y vulgares, como el humilde obrero, nos preocupamos de ellas.

Humberto Salvador

# Civilizada



José Paredes Litardo

Aquella noche de febrero, clara, estrellada, nuestro teatro de la avenida Luque, irradiaba de luces. Un enorme público irrupcionaba tumultuoso los pasillos del elegante coliseo. Las bocinas y sirenas de los esmaltados y silenciosos taxis se fundían en aquella algarabía con que el público ovacionaba a las candidatas de belleza que terciaban por el hermoso título de «miss Guayas». Era todo un pueblo que jadeaba en su apoteosis, galante e hidalgo. Dentro del teatro, discusiones acaloradas, risas ahogadas, secreteos de mujeres, perfumes y música. Los potentes ventiladores mugían batiendo un aire tibio. En el alma de cada mujer había inquietud, ansias, anhelos de triunfo; sus pupilas entreveían un cetro de oro, un reino de amor; en sus oídos intuían las estrofas apasionadas de nuestros mejores poetas. Allí me topé con una criatura excepcional, valga la expresión, ya que a primera vista sugestionaba como si poseyera un hechizo maléfico. La bellísima función no quebraba la serenidad de su espíritu, ni de su rostro. Todo aquel rosal, exquisito y exuberante, de bellezas porteñas que se lucían con arte y gracia, sólo hacían encoger levemente, irónicos, la comisura de sus labios, ora por una sutil dentera, ora por un adusto gesto de fastidio, cansinos...

\*\*\*

Era muy graciosa y atrayente. Llena de ideas raras, con su alma imbuida en consejos, en vagas abusiones, tontas y absurdas; con su espíritu sensible, delicado, inspiraba al tratarla, una viva simpatía. Parecía que un amor loco y sensual estallaba en sus ojos donde se diluyó la negrura de una noche tropical. Morena, hija directa de montuvios, dueña de absoluta voluntad y poseedora de una envidiable renta, productos de las cosechas de sus fincas, se crió, parte en las sabanas, parte en un colegio cristiano de Guayaquil.

Su pasado y aún su presente parecían llenos de secretos sortilegios, de leyendas campiranas, teñidas de crepúsculos radiantes, de atardeceres rojos, de anocheceres sombríos, fatales, heridos por lívida claridad de menguante luna, de sones estrangulados de vihuelas, de ladridos de perros... La historia de una noche tibia, olorosa a tierra salvaje, borracha de «puro» de una truncada leyenda montuvia, tomada realidad en el destello de sus grandes pupilas.

144

A veces la sorprendía en un lujoso apartamento. Relataba campechanamente sus proezas de amazona y se reía de sus picardías con los peones y compadres. Luego se apegaba a su guitarra y cantaba a media voz los más dolientes pasillos porteños. Y se entristecía. La sombra de sus recuerdos, de canoas engalanadas, «der canto jondo y encariñao», de los domingos de hierras, a toda chicha y «pialaos», de sus chocitas de bijao, apretaban a su alma como bejucos. Y, esa era la mujer criada en plena libertad del campo, que sentía la verdadera vida ante la inmensidad de las grandes «abras», de las albarradas y poseales, y que ahora me hacía cavilar enormemente... y era que, sin sentirlo, amaba ya a esa linda criolla, guapa, original y... ricacha...

\*\*\*



Todo tuvo su epílogo, como repetición de casos vulgares en los que juega desgraciadamente, el corazón. Fue un anochecer. Ella, ladina, seductora, rondaba por el Malecón. Sus pupilas taladraban las embarcaciones acoderadas en el muelle; los vapores surtos sobresalían inmóviles en plena ría; A la espalda, el boulevard octubрино brillaba fantástico; sus luces expiraban en la Rotonda. La vi, y, cosa extraña, ella lloraba sentada bajo la luz del Paseo de las Colonias. El perfume enervante, tentador que exhalaba su cuerpo, me llegó a mis pituitarias, a mis carnes.

—Perdone, amiga —inicié. No he podido impasible contemplar su dolor. Usted sufre... usted tan buena... tan linda...

Pestañeó; en sus labios asomó una radiante sonrisa.

—Gracias... pero créalo, amigo, soy muy sensible, muy tonta... el llanto de un niño me estremece; la monotonía de una hora demasiada larga me contrita... Sufro ante el recuerdo de mi lejano terruño, de mi casona cubierta de reseda, y al mismo tiempo el recuerdo de ustedes, de la ciudad, me tortura el alma... Hoy parto a mis fincas. El campo me llama: lo extraño muchísimo con sus inmensas sabanas de gramas, sus poseales, dormidos, nidos de blancas garzas, de azuladas aves, extraño ese lamento monótono, quejumbroso de una «Santacruz» en los cafetales, de un «colete» en los esteros, los gritos de los pericos en los cañaverales, los balidos de los terneros en las «encerradas»... oh!

—Está bien —subrayé. Pero, sin amor, ¿qué vale ese vivir?... Esas voces del campo se clavarían con dureza en su corazón como un sacudimiento continuo a ese marasmo en que vive hundido ante la verdadera dicha y comprensión de la vida; ese trinar de las aves sólo sería una perenne plegaria que conmoverían a su alma hostil, enteramente ajena a lo divino; y esas pampas, sólo reflejarían la soledad abrupta de su alma, de su extraña vida estéril, condenada sin un ideal, sin un fin...

Sus felinos ojos brillaron coléricos; las aletas de su nariz se inflamaron jadeantes.

—¿Cómo?... ¿Que no amamos?... ¡Bah! En nuestros campos encarnamos el más puro romanticismo. Y nos entregamos plenas de amor, de pureza, de valor, con una ceguera atávica, muchas veces fatal... Nuestra sangre es tan ardiente como el sol que oreo las malditas tembladeras y nuestras almas saben idolatrar hasta el crimen, el que se perfila cuando la duda, el engaño, nacen como inexpugnables raíces de guayacán y se enroscan voraces en el corazón del ingrato... y, entonces...

Y por la mente de esa hechicera mujer cruzó la idea de un domingo de gallos, un anochecer brusco, candiles humeantes, los cacaotales susurrantes, trágicos, sombras furtivas, rostros congestionados por el aguardiente y el odio, machetes chispeantes, ruidos de lucha, alaridos de dolor... estertores agónicos... y luego el silencio que chilla con las cigarras y bujíos.

—...nuestro ideal es grande— prosiguió como en una ensoñación deleitosa; la encarnamos por temperamento en un hombre criollo, nuestro, de pura cepa, que sabe mandar una peonada, que sonríe sereno ante la fiereza de la naturaleza, que resiste corajudo las avalanchas del infortunio, de la peste, del invierno, que con sus brazos llenos de vida, de esa vida única, vigorosa, sostiene el honor de su choza, el orgullo de su prole...; ¿no conocéis con sus colores de bronce, rudos como sus vidas, tostados por el sol, de almas agrestes como las montañas, con sus rostros curtidos por el trabajo, la lucha, los recios avatares...?

En la maraña de mi mente se perfilaban confusas e inverosímiles sus evocaciones. Me aventaré.

—¿Y usted ha realizado ese anhelo?...

No obtuve respuesta. El reloj de la Torre Municipal, dió 10 campanadas. Al oírlas, ella se levantó, autómata, nerviosa.

—¿Las diez?

—Sí, las diez —afirmé, y tembloroso, con un fingido ademán, estreché sus morenas manos y, amorosamente, las llevé a mis labios...

\*\*\*

—¿Qué hace usted? —me increpó, acaso... acaso? No contesté.

—¿Está usted loco?... qué se ha pensado de mí? ¡Cielos!... y si por desgracia Tito lo viera, ¿qué pasaría?... ¡Oh! Es usted muy impertinente, tonto, muy niño... Pero, en fin, todo es creíble en ustedes, cerebros atrofiados, almas enfermas, viciosas... quítese... retírese... Tito viene... Es él... Por Dios váyase...

Aturdido, clavé mis uñas en el poste de luz. En efecto, Tito, el extraño Tito, se acercó. Lo miré con todo ese odio, inimaginable, hosco, intenso, que se tiene a un intruso que nos roba una mujer. Él llegó. Las luces del Malecón se estrellaban en su musculoso y pétreo rostro, y en la rudeza de éste, se reflejaba toda su alma montaraz.

—Nos vamos, negra —ordenó, con voz ronca. No la besó. Palmeóle los brazos y la miró como quien calcula el alza de un animal. Le dijo alguna tosca galantería y se alejó.

—Ese es tu ideal, le grité lleno de despecho. Qué bello ideal... El campo y las bestias...; el monte y sus atroces odios de ambición y codicia; con sus grandes montañas intrincadas, solitarias, signadas con sangrientas cruces, llenas de fatídicas leyendas, con sus almas preñadas de ciegas aberraciones, chabacanas y brutales...

Me miró con odio; luego me gritó altanera, soberbia;

—Me has herido, y en mi tierra un agravio a una mujer es un crimen por el que acaba una vida con un grito en la noche, en tenebrosos brusqueros... Me has herido, y sin embargo, mi alma desprecia tus insultos... Dime todo... todo, mas no insultes mi tierruca, el nido de mis sueños, con su cielo clarísimo donde juegan las morenas garzas; no enturbies la quietud de sus lagunas donde rielan entre sombras, los tibios plenilunios, encubriendo la huida de una chila en una silente canoa, mientras se encelan con zapateos los hambrientos caimanes... Déjame el monte con sus voces misteriosas, déjame que allí mi alma comprende al amor, a la naturaleza, comprende a Dios.

No podía más; su voz lloraba. Sus lágrimas se desprendían copiosas de sus arrasadas pupilas. Le había herido en el alma al profanar el misterio y la felicidad de su vida campesina y sencilla. Toda convulsa, con un orgullo instintivo, muy montuvio, abrumada por esa voz poderosa de la ciudad, sus vértigos, sus turbulencias que la llamaban al torbellino; ora por esa otra voz más dulce, llena de ancestrales recuerdos, de quebradas tapizadas de madre selvas, de barrancos floridos por albahacas y aromos, de la ternura de una choza rodeada de una naturaleza ebria y fecunda, que con más fuerza la atraía ciega, irresistible, hacia el origen de su encanto, de su vida...

Hipó con amargura, inclinó la cabeza y se fué. En la ría, un olor a maderas, a montes, a tierra húmeda, bajaba de las montañas, y embriagaba...

## En las tierras calientes



Joaquín Gallegos Lara

«Esto no es una causa  
que ataco o que defiendo;  
es sólo la historia  
de un pobre muchacho».

E. ROSTAND

149

Cuando pisó por primera vez el muelle del COLÓN, en Guayaquil, era una tarde calurosa. Había, el tren, llegado muy temprano. El longo Trinidad Rodríguez secábase el sudo en que se venía derritiendo desde que pasó Huigra, con la manga del saco de dril chillo. Sonreía a todo el mundo que lo empujaba en el alboroto del desembarco.

—Un permisito...

Balbuceaba con cautela y se deslizaba queriendo no estorbar. Notó que no sólo había monos sino una gran cantidad de paisanos. No eran éstos los que lo miraban de mejor modo. Un longo alto, grueso, aindiado, lo empujó. Riendo, de una manotada en la espalda:

—Elé el rupanco ¿qué das mirando, pis?

Era un atlético cargador de papas. Un zambo —éste sí costeño —sentado en una baranda del muelle, gritó riendo a su vez:

—Dale duro, Cuchara, a ver si se aviva...

Algo blanducho le azotó la oreja embarrándole la mejilla: una cáscara de guineo. Empezaba a tener cólera, una tímida cólera que le hacía dar ganas de llorar. Un barrullo de voces llenaba la estación. Cruzó con la fila de los de segunda hacia la calle. Pitaban los autos apostados afuera, llamando sobre sí la atención de los otros, de los pasajeros ricos. Otro burlón le puso la piensa al andar y estuvo a punto de caer.

—¡Hasta paisanos! Mal corazón se vuelven...

Lo pensaba sin decirlo, buscando que no lo apercibieran, sonriendo con sus blancos dientes que resultaban en medio de las manzanas encendidas de sus mejillas de recién llegado del frío. El Malecón por lo ancho y liso le gustó; miraba la fila de casas de varios pisos; la gente que llenaba de prisa los portales. No había ido desde Guasuntos, su pueblecito, ni a Riobamba ni a Cuenca: le cogía de nuevo la ciudad. Olía a gasolina y a polvo el aire tibio de la tarde pesada. El agua del río, turbio, le parecía llena de ceniza. Todo le era extraño. Desorientado se detuvo en media calle y el paco, alzando el palo, le atronó a lado, en el oído:

—Desfilando so bruto! ¿No vis los automóviles? ¿O crees que son tu mama?

Sacudió Trini su hatillo de ropa y caminó rápidamente como perro apaleado.

—Hay que dar conociendo las carreras, a ver... Leyó a la luz asombrosa y blanca de un foco que acababa de encenderse en la esquina:

—Ajá: la carrera Bolívar. Era casi de noche.

\*\*\*

¿Por qué eran así las gentes de la ciudad? Todos lo eran; mujeres y hombres, serranos y costeños. No podía hablárseles; lo reconocían recién llegado, tenían como miedo de que les fuera a pedir algo; le averiguaban:

—¿Tienes trabajo?

Al saber que no, le huían como si tuviera la fiebre amarilla. La fondera gorda, de follón mugriento, en cuyo patio se hospedó, a dormir tirado en pura tierra como un animal; la Encarnación, que tenía su chingana, como decían acá, por el Astillero, fue la peor:

—No debís habers venido hijo, a gastar tus pocos calecitos para después morirte de hambre...

Trini sentía mojársele los ojos recordando el poco dinero que le diera la madre llorosa, cediendo a su afán terrible de bajar a las calientes tierras donde no se gana tres ni cuatro reales sino el fabuloso sucre.

Ahora se arrepentía y no por la tierra sino por la gente que era así, brutal, presurosa, interesada. Trini se sentía capaz de aguantar el calor espantoso, que le calcinaba los huesos y le hacía agua la piel, los mediodías en que vagaba por las calles buscando ocupación y las noches, en que acostado bajo una ramada sin paredes, miraba tan arribísima el cielo, donde apenas alcanzaba a divisar las 3 Marías. Y recordaba que el cielo está tan bajo allá en los páramos, tan bajo que cala de frío, tan bajo que a veces tenía impulsos de extender las mano a coger las estrellas. Acequias de inenarrable frescura, rumor sonoro de los cerros selvosos de eucaliptos, nieves cumbreñas que platean los amaneceres, alfalfares shullados, imaginaba allí tendido. Y este evocar, unido a la gente cerrando el paso, rechazando la oferta de servicios, negando el trabajo, le hacía anhelar el imposible regreso:

—Taita Dios ¿y cómo volver?

\*\*\*

No era sólo el rechazo: era la mofa, el ponerlo en ridículo a cada instante lo que hería la silenciosa sensibilidad del joven longo. Su cara ancha y sana, sus hombros rollizos, sus brazos blanquísimos, que doraba un fino vello rubio igual al que le sombreaba el labio superior; su persona entera, desde sus ingenuos y grandes ojos hasta sus polvosos pies descalzos provocaban dondequiera coros de carcajadas. Acaso no tenían mala intención: eran la chacota franca del pueblo guayaquileño que ríe, pero a Trini le infundía una pena enorme y un amargo desprecio de sí mismo.

—Alza rupanco...

Los choferes de los camiones y las criadas del barrio, las barraqueras paisanas y los otros longos, con más tiempo en Guayaquil y que sentíanse «sabidos», tenían aquellas palabras cuyo sonido le erizaba los pelos bajo el sombrero de paño negro, que, manos ágiles, le hacía volar de la cabeza al menudo, revolcando en el polvo.

—Rupanco...

152

Le sonaba ya sin que se lo dijeran en diversos tonos: secamente y como cantaba en el dejo costeño; con las ese sonoras y arrastradas en la pronunciación del terruño.

—Rupanco...

\*\*\*

Pudo ganarse, para lo poco que necesitaba diariamente, yendo a cargar a la plaza, al mercado sur. Era un enorme jaulón de hierro, con techo de zinc pintado de rojo; de un lado daba el río, del otro a una calle lodosa y sucia. Trini destetaba el hedor penetrante del pescado fresco: le daba náuseas; y este hedor mojado, como emanaciones de lodo, dominaba todos los olores, mezclándose el agrio de los montones de legumbres y frutas. Recorría barracas, donde se apilaba la mercadería comestible, en un hacinamiento monstruoso y perennemente renovado para satisfacer la devorante fauce de la ciudad.



Entre el bullicio ensordecedor de las mañanas de compra cotidiana —mil veces más fuerte que el de las ferias de su pueblecito en días de fiestas— no dejaba de oír el conocido grito:

—Rupanco...

¿Qué tenía él en la cara o en la ropa para que le dijeren así? No podría creer que todos se hubiesen puesto de acuerdo para molestarlo; ¡Que iban a conspirar así contra un pobre!

Allí en la plaza, en horas y horas de vagancia esperanzada, mientras venía algo que cargar, padeció las peores humillaciones. No había piedad; mejor: no se daban cuenta de lo que le hacían doler. Estuvieron a punto de hacerlo ahogarse; lo arrojaron de un empujón al río, una vez que se miraba en un puesto, una ruma de naranjillas olorosas que le traían un latigazo del perfume de su tierra.

Conoció en la cara el brusco golpe de la melaza de las chirimoyas podridas que le aventaban, le dieron a comer raspadura a la que había sido sal. Los otros cargadores serranos como él se lo peloteaban pateándole o a empujones. Derrochaban ironía preguntándole:

—¿Quieresde habís venido, pis?

—A trabajar: la Costa me gusta, se gana más acá, me ha dado diciendo.

—Te han de comer los monos, fieras bestias, ca, hai.

—¡Qué va!

Y su rostro crédulo e incrédulo a un tiempo mostraba tanto el alma, que los otros tenían que cogerse la barriga para no reventar de la risa que les merecía tal candidez.

—Niño pareces...

—¿Por qué?

—Das creyendo a todos...

—A los que engañan a taita Dios castiga... De nuevo se le reían en las narices.

\*\*\*

De mañanita no se encuentra nada que cargar, pero es hora dulce, en la plaza, para Trini. El sol no sale aún a las seis, generalmente, de tras las nubes pálidas: hace fresco; la masa de comida cruda, sin el calor, exhala únicamente un vago olor agrio que al calentar el día es que se vuelve asqueroso. El pescado no llega todavía. Con su paño puesto al hombro para soportar los pesos con la camiseta sudada, los pantalones mugrosos, siente placer en pasearse: hincha el pecho respirando el almizcle del agua cuya marejada azota abajo las balsas de plátanos.

Las ideas de regreso le escuecen el cráneo aunque lo ve imposible. ¿Cómo? No tiene un centavo. Ya no paga el derecho a dormir, en la tierra del patio de la chingana, chorreado de lavazas.

—Quédate no más ¿Dónde has dir si te boto? Un puestito siempre hay...

Él, sombrío, siente el primer agradecimiento que ha tenido en su viaje; responde:

154

—Diosito le ha de pagar, doña. Pero la bondad de ella no alcanza a pasar de allí; aunque le velara el mote o el ají de cuy, que hace para dar de almuerzo a unos ricos chigrreros ambateños, sus comensales, no le daría: y él no le vela; tiene orgullo que ni el hambre quebranta.

Se ajusta la cabuya con que se amarra los pantalones en la cintura y no pide, cuando no ha ganado en toda la mañana ni un real para guineos. Ansía regresar; le ha escrito a la madre y ella le ha contestado, pero no puede —no tiene— mandarle para el pasaje.

El calor hostil avanza con el día: la colmena vasta del mercado levanta un vaho de sonidos y olores; el sol besa las cortinas de las tiendas de los chinos del otro lado de la calle. Los caramancheleros roncan ofreciendo sus telas multicolores:

—A ocho reales vara, a ocho reales...

Consigue al fin una carguita no muy lejos, a la Avenida Olmedo y gana dos reales para el café: los guineos entre sus dedos

voltean su cáscara de oro y se van dando en la crema dulce de su madurez.

En las mañanas buenas gana un poco más; pueden pagar un plato de locro en la chingana.

Ha enflaquecido y las mejillas demasiado gruesas que hacían reír a todos empalidecen y se secan, cubriéndose como el bozo de vello rubio.

—Ah! La Sierra...

\*\*\*

Está solo y él creía que se haría de amigos, creía que los de la provincia siquiera se le unirían: ve que muchos en verdad viven juntos; conoce a unos heladeros que arriendan un solar que pagan entre todos, más de doce. Pero es que todo tienen: al pobre nadie se le junta, piensa.

Una vez no más se vió con otro de Guasuntos, quien le pidió ayuda y recibió el producto de sus cargadas del día; pero no lo volvió a ver. Oyó decir luego en la chingana que se había ido al hospital.

—Estaba muy enfermo, ha de haber muerto.

—¿Y qué tenía?

—Las tercianas y la disentería...

\*\*\*

Una vez con terror, se da cuenta de que tiene frío.

¿Cómo así en la Costa? Es de adentro, de los huesos adoloridos que le sale aquel hielo cortante, cogiéndolo por las mandíbulas, sacudiéndolo en escalas: un frío como candela en la cabeza y como ají en los ojos.

¿Será el reuma? Como duerme en la tierra teme que su frío se le haya metido a los huesos. Entonces recuerda los moscos de las noches lluviosas, en que él se ha agitado manoteando las carnes, allí en su ramadita de guacayes; es el paludismo.

Ve todo nebulosamente; le duele todo el cuerpo; llora.

—Para qué habré venido; Mejor estando allá nada pasara, mamitica, contigo....

No se levanta por falta de ánimos. Oye entre sueños el chisporroteo que produce la chinganera prendiendo candela, para ante el fogón. Cantan gallos en los patios vecinos. Se le ha ido el frío en el regazo de la cobija: ahora es una fiebre sedienta, caldeada la que lo cocina, lo inmoviliza, le enturbia la mente.

Allí se queda; al avanzar el día sigue igual: oye todos los ruidos extrañadamente; lo asordan; el ir y venir de la chinganera, chocar de platos y de ollas, chorreo de agua, voces de comensales. Distinto cada ruido y sin embargo, mezclado para Trini que no sabe de dónde provienen.

Con el calor aumenta la fiebre; al caer la tarde delira; conversa con la madre:

—Para vos, mamitica —dice— acá se gana más decían, acá no dan cuero los patrones...

—...

—¿Cómo no he de llorar la mala suerte, mamá?

—...

—Taita Dios no ayuda; ha dado olvidando.

—...

—¡Jesús!

La india, criada de la chingana, la Dolores, le oye hablar solo y le lleva agua en un tarro de hojalata.

—¿Dónde, vas longa? Deja eso, hay que hacer.

—No le he de dejar muriendo, ca, cristiano es tan.... La india le da de beber; cae el agua en los labios, cae el agua azul como sus ojos febriles.... Acequias de inenarrable frescura, rumor sonoro de los cerros selvosos de eucaliptos, nieves cumbreñas que platean los amanaeceres, alfalfares shullados, estrellas cercanas.... La Sierra....

Joaquín Gallegos Lara

1931

# Un cuento que quiso ser tragedia



Raúl Andrade

Se detuvo bajo la lluvia gris en esa esquina donde se agolpan los «Icebergs» de la tiniebla próxima: última página de la tarde inútil. Furtivamente se escapaban por las hendijas, tenues virutas musicales que se desparramaban en el viento e iban a refugiarse en los oídos de los transeúntes desprevenidos. En la primera farola de la noche prendió su cigarrillo de ensueño y aguardó la fortuita aventura de los crepúsculos.

Era pálido, flaco y triste. Las cuchilladas irónicas habían despedazado su sonrisa. Los empleados de almacén le creían eterómana y las mujeres gordas tuberculosas....

¿A cuáles hacer caso?

Aún no había amado y ya derivaba hacia la insensibilidad perfecta, hacia la parálisis del eje pasional.

Era un hombre cosa plantado en la ciudad.

Todas las tardes tropezaba con la aventura del crepúsculo; todas las tardes zambullía su cansancio en la humedad de las ternuras probables. Hoy, arrancándose a su crucifixión en los cuatro caminos de la desesperanza, echaba a caminar tras ellas, arrastrando sus piernas alargadas de angustia, inseguras de aburrimiento.

Se iba tras ella fugando de la ciudad, sorbiendo la empalagosa crema de su tristeza guardada, masticando la goma de las palabras aprendidas.

«.... Muelle de tablones podridos  
hecho para mirar las despedidas  
me habría asido a ti, para que no  
(partieras nunca  
y habríamos naufragado juntos.  
—embarcación besada por todos  
(los océanos  
Muelle de tablones podridos hecho  
(para mirar despedidas  
—Señorita...!  
—Señor...?

\*\*\*

158

Se iban al parque, a ese parque que es como la terraza de un café abandonado del que los parroquianos inescrupulosos se hubiesen llevado las mesillas, las bebidas, las copas, estrangulando a los camareros. El parque fantástico cuya epidermis de cemento sin resquebrajaduras no retiene la huella de las pisadas trémulas.

Se iban al parque a prender en su decoración de cromo obsequiada por la farmacia, la mariposa emocionada de su encuentro a saborear todos los condimentos de este «menú» romántico:

Entrada de crepúsculo  
Pastelito de confidencias  
Mujer en salsa de penumbra  
Besos en jugo de languidez  
Postres;  
Tajada lunar en almíbar  
Helados de desfallecimiento

Licores  
Lacrimae

\*\*\*

Después se marchitarían erupcionando poemas. Y así, siempre, hasta apurar el purgante desengaño.

\*\*\*

Estaba hermético como una caja de seguridad de la que se hubiese perdido la combinación. ¿Qué decir ante la rotura inminente del cántaro nocturno?

Había el peligro de lo vulgar. En vano exprimía su corazón para contener el sollozo.

Estaba irremisiblemente desolado tendido a lo largo de su amargura inútil.

¿Qué diría esa mujer vestida de aventura y predispuesta a la media hora sentimental, ante el mutismo repentino?

—El pasado acaso?

¡No! ¿Qué le importaba a él, el pasado de una mujer hallada en el cruce involuntario de una calle central?

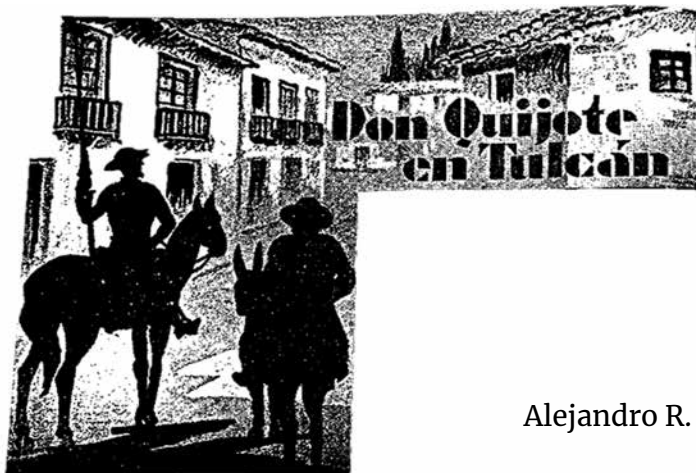
Presentía que la amaba, más bien. En su juventud proletaria, ni una sola mujer le había sonreído. Hacía metódicas visitas a las farmacias del amor en donde dosificaban la ternura y, poco a poco, se inoculaba todos los venenos estériles.

No era ni viejo ni joven, ni adolescente. En él se erguía el análisis, como un espantapájaros del cariño. Estaba paralítico...

Al borde de la confidencia inefable, un tercer personaje los detuvo. Ella se acercó temblorosa. La tragedia lanzó un silbido rojo. Afortunadamente no aparecieron los cuchillos.

En la perspectiva borracha del paseo se disolvió la nueva pareja. El hombre pálido, flaco y triste estranguló al dolor innecesario y desgarrado por el punzón de la aventura inconclusa, regresó a la ciudad.

## Don Quijote en Tulcán



Alejandro R. Mera

160

Tan abstraído en sus pensamientos iba Don Quijote que no había reparado en el lugar en el que se encontraba, sino cuando llegó a la plazuela Montalvo, por lo que exteriorizando inmenso júbilo dijo: Sancho sufrido, debes saber que nos encontramos en el Ecuador, país que el mundo civilizado le reconoce el procerato del patriotismo por ser el primero de que proclamó la libertad de América. Además tiene la gloria de haber producido uno de los más grandes genios que tomó sobre sí la atrevida empresa de escribir fielmente mis hazañas, esas que por un olvido involuntario dejó de hacerlo el moro Cide Amete Benengeli.

Dígame, señor, mi amo, si ese historiador ya me reconoce como hombre ilustre, porque, si no estoy equivocado, yo sirvo para muchas cosas, puesto que de todo entiendo; por eso frecuentemente se me hace callar cuando hablo, testigo vuesa merced y rocinante. O es que el tal historiador, como el moro del cuento, sólo me hace aparecer como digno de los palos y manteamientos que sobre mí llueven, cuando vuesa merced hace lo que el público llama locuras?



Tiempo habrá para aclarar tus dudas y rectificar tus conceptos, hasta tanto, interésate en saber que esta ciudad, a cuyas puertas nos hallamos es Tulcán, que ha dado a su patria muchos hijos que han sobresalido por su valor espartano y por la práctica de esas virtudes cívicas dignas de los antiguos atenienses.

A fé de buen cristiano, señor caballero, que yo no tengo más interés que el de llegar a la hostería, para averiguar por la hora de yantar, por aquello de tripas llevan piernas y estómago lleno, corazón contento; repuso Sancho con tono displicente. —¿Querrás poner fin a tus sandeces y dar mayor pulcritud a tu lenguajes, escudero impío?; interrumpió el hidalgo. —No quito ni pongo rey, porque el comer y el rascar no está sino en empezar y lo mismo come el cristiano, que mastica el moro; y menos como el que más desea comer. —¿Cuándo será que dejes tu materialismo inveterado para no pensar sino en cosas espirituales?

Con estas y otras pláticas avanzaban por la Carrera Bolívar hacia el centro de la ciudad, mas al llegar a la plaza mercado, detuviéronse ante un grupo de hombres que se disputaban por coger los programas que en ese instante distribuía un empresario de cine.

La distribución, como de costumbre, se hacía entre los empujones y pisotones, los que contra la voluntad del empresario prodigábanse los a porrillo.

Don Quijote que a los hechos reales los juzgaba a través del prisma de la fantasía, creyó que los programas eran periódicos y el empresario un escritor incomprendido y ultrajado por las masas ignaras.

Indignado por lo que veía y juzgaba y blandiendo su espada arremetió al grupo. Alto allí, malandrines de oficio, díjoles con voz estentórea; ¿por qué ultrajáis a este escritor? ¿Ignoráis acaso que hoy la cultura de los pueblos se elabora en la prensa? Los pueblos que no escriben ni leen son considerados como pueblos bárbaros y los individuos que no respetan a los escritores de verdad, no pertenecen a la especie humana.

Pero, non fuyáis gente cobarde y de estrechas entendederas, díjoles al ver que huían ante su actitud amenazante, y sabed que si la prensa reducida a libros aún no es bastante comunicativa por el costo que ella demanda, en cambio el periodismo suple esta falta, puesto que también hace luz por donde circula. Y si no díganlo esa falange de caballeros de la orden del progreso, que por todo el haz de la tierra andan combatiendo la ignorancia y catequizando analfabetos, sin más armas que la palabra escrita, porque la buena prensa instruye al pueblo; sólo ella le hace conocer sus derechos, mostrándole la tiranía y los privilegios, la verdad y el error. Quien me diga lo contrario lo reto a singular batalla. Soy el invencible caballero de la orden del progreso.

162 Cuando Don Quijote terminó este raro discurso, cuya elocuencia solo Sancho pudo emocionarse, el auditorio se había despejado como por encanto; pero sucedía que al emprender la fuga, uno de los curiosos chocó inadvertidamente con cierto intruso el que dándose por aludido, venía resuelto a desautorizar las ideas de Don Quijote; mas el choque fue tan violento e inevitable que por esa causa vínose al suelo, rodando algunos metros por tierra.

Sancho que todo lo observaba creyó que le había llegado el momento de recoger el botín de guerra, por lo que fuese muy quedo en pos de la rebusca; mas el otro aunque al ferido, al ver que se le acercaba un hombre en actitud sospechosa, díjole en tono de desagravio: ¿No es verdad que este es un loco despreciable igual a esos pobres literatos de mi tierra? Hermano, repícale Sancho, en mi amo hay más locura que pobreza y en esa locura encontrará vuesa merced mucho más meollo de lo que se imagina.

Sepa que en mi pueblo no hay otros literatos que mi amo, el curo y el bachiller Sancón Carrasco, pero las letras que tanto le escuecen a vuesa merced, no las adquirieron a fuer de murmurar al prójimo en estas calles de Dios o en las tabernas del barrio, sino masticando libros. Esto le digo hermano, para tranquilidad de su conciencia y salvación de su alma. Dicho lo cual, Sancho dio las espaldas con desprecio a su interlocutor y fuese en pos de Don Quijote que ya se había adelantado.

Caballero y escudero seguían muy pensativos, hasta que se el primero habló así: no te parece Sancho que esta aventura es la más estéril de cuantas he acometido, porque esa gentualla siempre continuará obstinada en desconocer la benéfica influencia de la buena prensa. Todavía hace falta la inversión del tiempo para que toda esta chusma reconozca los factores auténticos del progreso.

Al contrario, contestó Sancho, yo creo que es la única aventura feliz, porque fuera de esa chusma que a vuesa merced no le entendió ni jota de las letras que le indilgó, no ha habido encantamientos que volver a su prístino, ni jayanes que despanzurrar. Es la primera aventura, de la cual salgo sin remordimientos y con las costillas ilesas. El razonamiento egoísta de Sancho fue interrumpido por un baño inesperado que recibió de parte de una muchacha, la que, desde la puerta de su habitación, arrojole una aljofaina de agua, que le bañó íntegramente.

Ante la súbita impresión del líquido, Sancho soltó una interjección homérica, la que, oída por Don Quijote, lo hizo regresar a mirar con curiosidad, y al reparar en que su escudero chorreaba agua por toda la redondez de su cuerpo, abandonó su natural seriedad, circunstancia que contribuyó a aumentar el enojo de Sancho. Si así son las virtudes cívicas de este pueblo de tenientes, dijo, maldito sea él y toda su descendencia. — Atenienses, Sancho, que no tenientes, interrumpióle Don Quijote. De aquí en adelante prohíbote hablar de lo que no entiendes, y procura dominar tu cólera; pero es preciso que sepas también, aunque seas refractario al baño, que las costumbres modernas han establecido varias clases de baños: de natación para los deportistas, de ducha para los enfermos y de impresión como éste para los transeúntes. Serénate Sancho y reconoce el bien que se te hace, pues es propio de los caballeros el ser agradecido y de los villanos y ruines el pagar con enojo los favores que se recibe.

¿Qué le importa a la hide... p, el aseo de mi ropa o de mi cuerpo; acaso ella no tiene bastante que ocuparse del suyo? Sepa vuesa merced que en mi pueblo, el que desea bañarse, lo hace personalmente, despojándose de los vestidos, porque a estos los

asean las lavadoras, y en lo que respecta a los míos, mi Teresa lo hace a las mil maravillas; mas si alguno se atreve a hacer lo que aquí, el Alcalde lo castiga como la Ley manda. —Sancho, es que la costumbre es el origen de la ley y como esta tiene también sus fallos inexorables, por eso el que llega por primera vez a una ciudad extraña no puede substraerse a la acción de las costumbres imperantes, sean buenas o malas; y ahora, para evitar un resfriado tómate unas pastillas de fierabrasina y de este modo harás propaganda de este milagroso y sin igual medicamento,

El noble andante había llegado a la intersección de la carrera «9 de Octubre», en el preciso momento en que los barrenderos hacían el aseo de las calles, con tal acuciosidad que ni siquiera reparaban en los transeúntes. Don Quijote, a su vez, profundamente abstraído en el tema del progreso, tan poco pudo notarlos ni evitar los escobazos que le llegaron a las piernas, ni la oleada de polvo que le acarició el rostro, por cuya razón llevose instintivamente el pañuelo a la nariz, y entre estornudos e imprecaciones silenciosas pasose a la otra vereda.

164

Este detalle no escapó a la mirada maliciosa de Sancho, quien observó: Señor mi amo, ¿por qué no se somete al fallo de esta otra costumbre? Sepa vuesa merced que allá en mi pueblo, que es tan chiquitito como esta uña, el aseo de las calles se lo hace a la del alba. El ideal de progreso pertenece a los dominios del espíritu y las basuras son impotentes para eclipsarlo, sin embargo, el que como yo tiene la elevada misión de difundirlo, no dejará de encontrarlas en su camino y de alardearlas con desprecio. Esto es, Sancho, lo que el vulgo ignora.

En ese instante se aproximaba una yunta de bueyes halando una carreta, por lo que don Quijote, en actitud bélica dijo: mira Sancho, o yo no soy el que soy, o allí va una princesa encantada. —Conténgase, señor mi amo, gritó el escudero, que esa es una carreta llena de basura, o yo no soy el hijo de mi madre.

Don Quijote quiso satisfacer personalmente sus dudas y acercándose al conductor díjole: ea buen hombre, decidme; ¿qué es esto?; ¿a quien llevas cautivo: y ¿desde cuándo te hallas en esta

ocupación? —Esta es una carreta y lo que en ella va es la basura de las calles y en este trabajo me encuentro desde las ocho de la mañana, contestó prosiguiendo su camino.

Ya ves, Sancho como este hombre ha perdido la noción del tiempo, porque sin duda alguna quiso referirse a la época de mi tercera salida, q´ era en la que se ocupaba esta clase de vehículos para tales menesteres. —Sí recuerdo, dijo Sancho, como que fue cuando vuesa merced acometió la temeraria aventura de los leones...

Don Quijote y Sancho, al fin se alojaron en el Hotel Borja, en donde se había hospedado también un agente viajero, quien al ver la extraña fisonomía de los recién llegados sintiose estimulado para entablar con ellos el siguiente diálogo. —¿Es Ud. comerciante caballero? —No, señor dijo Don Quijote, mi profesión es más noble y elevada y no se la ejerce en un determinado lugar.

—Entonces es Ud. Andarín. —La misión que tengo es la de viajar por todo el mundo, predicando el nuevo credo del progreso, pero sin exigir retribución alguna. —Pero esto no obsta, dijo Sancho, para que alguna vez se pueda exigir como una adehala de la fama que tiene mi amo, el mando de alguna ínsula, sea de la condición que fuere. —Esto me explica, repuso el viajero, que vuesa merced conoce la política del país y que por lo mismo, está muy interesado en ella.

Don Quijote, que previó el rumbo que tomaría la conversación con la inoportuna intervención de Sancho, se apresuró a decir en tono magistral: La política no es miel que puede saborearla el asno; pues sepa vuesa merced que muchos de los que se precian de políticos, es estas tierras de Dios, no son sino unos verdaderos farsantes de tres al cuatro, que andan en pos de la primera oportunidad, para luchar con perjuicio del prójimo; porque, aquello de hallar facilidades para conseguir, hasta por medio ridículos, un puesto en la administración del Estado, eso no es ser político. Esta ciencia es tan antigua como el hombre, y sus principios inalterables ni siquiera son barruntados por los políticos vulgares, que ignoran que el sabio Aristóteles escribió

su tratado sobre política tres y medio siglo antes de Jesucristo y que no sólo sirvió de norma s Salomón, como legislador, sino que a través de los siglos, los políticos modernos no han hecho sino seguir las huellas de estagirita.

—Pero si vuesa merced juzga la política como una ciencia difícil a la vez que muy importante, dijo el viajero, ¿por qué entonces se prefiere que individuos incapacitados sirvan en los diferentes ramos del Poder? —La observación de vuesa merced es justa, contesto Don Quijote, mas ella no desvirtúa la esencia de la política, porque en este caso, el error está en su aplicación, puesto que tanto en las altas como en las bajas esferas gubernativas se cree hoy, erróneamente, que la política no es la ciencia de gobernar sino el arte de engañar al pueblo, por medio de la intriga ejercida en favor de tal o cual individuo o partido político. —Yo lo que sé decir, dijo Sancho, es que esas son palabras huecas, incomprendidas hasta por los mismos que las predicán y que cuando fui gobernador de la ínsula barataria, no me hizo falta la política del sabio Aristóteles, puesto que en mi despacho uno hablaba por mí y otro firmaba mi nombre; esos pudieron haber sido los buenos políticos, aunque mi presencia era el alma de mi gobierno; y que si no fuera por la terrible ciencia del doctor Pedro Recio, que quiso matarme de hambre, hasta ahora sería dueño de esa ínsula, aunque ya he dado con el busilis, porque el tal doctor Recio lo hizo por envidia de mis capacidades de gobernante.

Don Quijote no pudo disimular la inmensa contrariedad que le produjo la ruda franqueza de Sancho, por lo que, disponiéndose a salir dijo: Ruego a la benevolencia de vuesa merced que me dispense el honor de poder retirarme para reanudar mañana tan interesante conversación. El viajero saludó a Don Quijote con una ligera inclinación de cabeza y entornó la puerta al retirarse al interior de su habitación.

Alejandro R. Mera.

# Pobre chapita



Mary  
Corylé

Al Maestro Nicolás Jiménez

167

—Dará buenito el mote, seño Chepa, dará yapando: con medio para mi taita, mi mama y yo... Y si llevo piti mi mama me ha de pegar, diciendo que me he ido comiendo en el camino. Dará, no más, con yapa, seño Chepa...

—Luis... Luis... —La madre le movió al chico en la cama—: si estará soñando... pero de día claro... o sería el sarampión que le hacía decir esas cosas... —La madre miró a su Luis enloquecida y le arropó mejor en el camastro.

El padre —el policía número 39— sí lo sabía, a él le dijo el Doctorcito de la Sanidad: —Tu chico tiene cuarenta grados de calentura; es el sarampión, complicado con lo de la garganta.

En eso, llegó la Azhuca —sirvienta de la Niña Chabela, dueña de la tienda donde vivían ellos—. Al oír los delirios del chico, dijo entre risotadas: —Ay vepes las tonteras que se habla el Luis, croque está loco. Luego, la china bruta se dirigió al padre: —Don

José, manda a decir la niña Chabelita que necesita los cuatro sures que le deben del arriendo de los dos meses ya caídos; que nesita para irse a las vistas, porque dan... luces, croque dijo, de los buenos aires... Y que, si no le pagan hasta las cinco, ha de hacer poner candado la tienda, botando los trastes ajuera: yo ya les aviso. Y la china desapareció de la vista de los infelices.

El Chapa se levantó resuelto.

—Bueno, Rosa, cuídale al Luis, yo regreso en seguida; voy a venderle mi quincena al Ño Samuel, aunque sea por diez sures le he de dar: cuándo también pagarán... Se puso el capote, calose la gorra, besó al hijo en la frente y salió disparado.

En menos de cinco minutos atravesó casi toda la ciudad — desde la Temperancia a la Policía— iba a rogar allí que le dieran haciendo el papel para el usurero: como él no sabía de esas cosas... Ya en la prevención, le gritó el Meritorio de turno: —Número treinta y nueve, acaban de comunicarme que el Número que debía hacer la guardia en la esquina del «Limoncito» —la cantina esa de tantas bullas— está enfermo; en buena hora viene usted, váyase en lugar de él.

—Es que... —objetó el pobre.

—Váyase, le digo, yo le ordeno: o si no, esta misma noche le haré dar de baja. Hay cientos que se están cayendo por ser policías.

—Y el desgraciado, ante la despótica amenaza —que ya la vió cumplida en más de un compañero— paso a paso, casi inconscientemente, fue a situarse en la esquina del cantinucho que llamaban «Limoncito».

El deber y el dolor le crucificaron en el poste de la calle: metidas las manos heladas en los bolsillos del capote; clavos en el suelo los ojos lacrimosos; tronchada sobre el pecho la cabeza dolida de las espigas que le punzaban: «Si no le das la receta que te dejo, el chico se ha de morir, sin remedio...» «Dice la Niña Chabela



que si no le pagan el arriendo hasta las cinco, les ha de mandar botando de la tienda.....» «Le ordeno que se vaya a la esquina del “Limoncito”, si no, le haré dar de baja esta misma noche...» «Daré yapando el mote, seño Chepa, dará buenito...» «El Ño Samuel que le compraría su quincena...» ¿Cuántas horas pasó así?: ya las sombras velaban su efígie de Cristo agonizante.

Comenzaron a llegar los tunos a su guarida: burguesotes bien calientes con sus abrigos felpudos y, más aún, con los drakes que traían dentro del cuerpo. Bebieron y bebieron: el ruido de vasos y botellas antojábasele al Chapita el de las monedas redentoras del usurero. ¿Una hora?... dos?... y el chivo estalló: ajos y palabras soeces, las madres y las novias manchadas con el lodo que vomitaban las bocas borrachas.

El Chapa entró: —Orden, Señores, orden...

—A qué te metes, Chapa ¡carajo!— Y una patada en el estómago le tendió en el pavimento hediondo.

—Dale en el hocico, para que no pite...

—Así...

—Así...

—En la cabeza... En todas las partes...

El infeliz era un guiñapo sangriento rodando en el suelo.

Llegaron más Policías: los borrachos fueron a despertar en el cuartel y el Chapita a dormir su meningitis en un lecho de hospital.

\*\*\*

La Rosa esperó en vano: la oscuridad se adueñó de la tienda, entenebreciendo más su dolor y agigantando su soledad al lado del enfermito. Este hablaba y hablaba:

—Cuando sea grande, yo no he de ser chapa; porque tienen una lata con números, como los perros y los borrachos les pegan.

Más bien, me he de hacer zapatero, para calzarle a mi mama: sí, le he de dar haciendo unos lindos zapatitos...

—Las lágrimas de la madre caían en la carita sollamada del chico.

Y la aurora hurgó inmisericorde el cuadro de la tienda: La Rosa dormida sobre una silla placera, su cabeza en la misma almohada en la que el Luis moría ya. Un estertor de él le despertó, despavorida, miró a su hijo: los ojitos apagados y fijos, muy fijos en ella; dos lágrimas secándose en las mejillas desencajadas; un ligero movimiento de los labios; las manos agitadas —como queriendo asirse a la vida—... Después, silencio...: un ser estrangulado por las garras de la miseria-madrastra... Un anónimo recostado en el seno de la madre-muerte...

170

Los sabuesos de la Sanidad llegaron cuando aún no se enfriaba el chico: alguna vecina que les quería mal, avisaría su muerte... Le arrancaron del regazo materno, le cosieron en un saco que ayer sirviera para cualquier uso, le tiraron sobre un sucio jergón —mal llamado camilla— y, con la música triste del llanto de la Rosa, fuéronle a entregar a la otra madre. Cavaron el seno de ésta, y allí le dejaron para siempre...

Ya de regreso —con la Agucha y la Petita, vecinas compasivas— explosionó su dolor: —Y el sinvergüenzota del José ni siquiera sabe...: sacaría la plata onde el Ño Samuel, y se iría a beber con la Teresa... Pero la grandísima perra me ha de pagar... sí, me ha de pagar... Y los sollozos cortaron sus recriminaciones tan humanas.

Llegaron. Y la Rosa ya no pudo esconder su dolor y sus celos: el camastrón, las mantas desflecadas, la silla, las ollas de barro, los platos, las botellas, todo, en la tienda de la seño Agucha y parte en la calle. La puerta de la suya cerrada con un gran candado yale. En la calle, en la calle la Rosa y su suerte negra.

\*\*\*

—Meningitis, Hermana, meningitis, —decía el Doctor de las gafas s Sor Vicenta; —de ésta, se muere el número treinta y nueve.

Coincidencia fatal: el número de muerte, correspondía al número del pobre Policía; número que tantos dolores y sonrojos le costara en la vida.

Perdida la cabeza bajo el gorro de hielo, el Chapita deliraba: —Rosa, el Ño Samuel sí me compró la quincena... Toma todos los diez sucres... Vuela a la botica y trai la receta del Doctorcito, a que no se muera nuestro Luis... Y págale también a la Ña Chabela... no nos vaya a botar de aquí...

Y sus manos como que ponían el dinero en las manos de su mujer.

—Buen hombre, —decía la monja—, arrepíentase de sus pecados... No piense en las cosas del mundo: mire que va a morir... Pídale perdón a Dios: Él es bueno, muy bueno; infinitamente misericordioso y bueno.

## La patineta



Elisa  
Ortiz  
Aulestia

172

Ella era así. ¡Vaso de esencias clarísimas, apasionadas, rebeldes!

Su cartel: trabajadora de fábrica. Reducto de la extorsión capitalista bajo palio de cooperativismo social. Monumento proteico de esta civilización ahorcada por la miseria y el dolor.

Sin embargo, Iliana había alcanzado la situación más alta en la factoría. Su inteligencia despierta y ágil; su dinamismo fructuoso, y ese halo de vitalidad enérgica que rendía voluntades y captaba simpatías, la llevaron paso a paso, pero rotundamente al triunfo. Llegó al cargo de Directora de las secciones femeninas que integraban la fábrica. Respetada por sus compañeras. Bendecida por cientos de hogares que se beneficiaron con su espíritu altruista, dadivoso y hondamente humano.

En la contienda social que se había empeñado con infrecuente generosidad femenina, una inquietud primero, una angustia luego, un mandato después, orientaron su navío de reivindicaciones por rutas más reales. Había que iluminar las conciencias obreras. Había que inculcar en ellas deberes no conocidos y hacerlas vivir derechos insospechados. Arremetió valiente, decidida. Haría una legión de féminas levantadas. La posición de rodillas no tiene

elegancia ni expresa dominio concienical. Y el dolor es acicate de almas rendidas. ¡Grecia fue grande porque supo que todas las plenitudes y cantó en ella la Vida!

Empero, Iliana no acertó el camino. Estéril fue su actitud temeraria contra el régimen imperante. Y su juventud sacrificada gustó de prematuros desengaños. Le mordió el odio de los ungidos del Becerro de Oro; le desencantaron porfiadamente la indiferencia y alguna vez la traición de los de abajo...

Un día, el menos esperado, el despido le cogió inerme. Ni seguro, ni ahorros, ni esperanza de trabajos. Ella, la descreída, la bolchevique, no tendría cabida en casas similares. Bien sabía de los prodigios del comadreo en el pueblo-grande de la «ciudad» que le había formado.

Ya en la calle, su situación de «desocupada» pobló de fantasmas su existencia. Volvió al nido sus ojos cansados. Allí estaban sus hijos. Dos pequeños que no supieron hasta entonces de necesidad y a quienes su instinto materno, agudizado por el cuadro de lacerias que a diario presenciara en su lucha obrera, les colmara de felicidad aún en sus caprichos infantiles.

Una fiebre de comodidad económica en el plano de otras actividades. La misma explotación de otras actividades. La misma explotación de todas. El servilismo como punto para salvar el hambre. Y bajo él, un pozo de rencores y manejos malévolos por desterrarla. Por otra parte su decurrir humilde anhelaba guardar paralelismo con la dignidad bien entendida. El amor propio, la jerarquía profesional, el recato ciudadano —en el fondo no son sino vivencias burguesas del miedo al qué dirán— se alzaban fantasmales para asaltar su ser desde las encrucijadas del miedo. El monstruo de la miseria la acechó por meses interminables. Desde su cubil poblado de paletadas de gris hasta el negro rabioso, sus garras implacables fueron cercándola...

Iliana se sintió indefensa. Desolada. Ella. ¡La mujer independiente y fuerte!

\*\*\*

Bajo la luz evanescente de 20 kilowatios velados, junto a una mesa de hogar ajeno. Iliana repasaba con los ojos brillantes de llanto la misiva ingenua de su primogénito de 8 años.

Decía así en su Post Data:

«Yo sí quisiera la patineta pero sé que no tiene plata para comprarme. Todo esto te digo llorando porque nadie en la casa quiere que te pida y por eso me hablan».

El ofrecimiento del juguete anhelado por su hijo quedó sin realidad meses atrás. Ahora, él se lo recordaba y con qué acento de inocente tragedia.

En medio de la inconciencia que le produjera el mazazo de una vocecita querida, martirizada por la defraudación a sus sueños de ángel, debió operarse un pugilato de luchas interiores entre los prejuicios que supervivían del acervo femenino de ayer y su entelequia de mujer nueva. El instinto de hembra que complace a su cachorro fue el gran resorte. Trabajaría. No importa si en el último peldaño. Lucharía ahora con más reciedumbre en la acción. Con denuedo en la tormenta. ¡Con viril serenidad en el peligro...!

174

\*\*\*

Y se puso en brega.

Su hijo tiene la patineta.

Atrás han quedado las carroñas vivientes del convencionalismo social equivocado. Ha aprendido a valorarse de otro modo.

Iliana lleva una corona invisible. Doblemente sagrada porque es doblemente madre. De su prole y de la humanidad desvalida.

La patineta obró el milagro. Aquella patineta inalcanzable...

Elisa Ortiz Aulestia  
Guayaquil, agosto 10 de 1935